

AL SUR DEL CENTRO HISTÓRICO

Por Lex Carrasco

No soy queretana, al menos no de nacimiento, pero llegué a vivir al estado cuando tenía 3 años; vine con mi hermana menor y mis papás. Ellos se convirtieron en los chilangos que cambiaron las tortas de tamal por unas enchiladas rellenas de verdura, mientras que Dani y yo aprendimos, sin darnos cuenta, a no saber de dónde somos.

Me explico: Ella y yo nacimos en la Ciudad de México, pero crecimos aquí; sin embargo, lo hicimos al borde de la ciudad, en el sur, rodeadas de otros foráneos que buscaron en Querétaro la paz que la inseguridad y los fenómenos naturales les quitaron. No tenemos las mismas costumbres o cultura que los queretanos de nacimiento, de esos que pueden rastrear su árbol genealógico; a nosotras nos educaron como chilangas.

Eso me provoca preguntarme “¿qué somos?”, porque aquí actuamos como foráneas, para muchos somos chilangas, y para nuestra familia de la Ciudad de México somos “las queretanas”.

Nosotros llegamos a Querétaro en 1993, y 29 años después puedo decir que la ciudad y yo crecimos juntas. No voy a pretender que recuerdo cómo era Querétaro en ese año, pero sí tengo fotos para recordarlo.

Como dije, veníamos de la Ciudad de México, que en ese entonces todavía era conocida como DF. Mis papás dejaron a su familia y amigos para vivir aquí, en una ciudad que prometía ser más tranquila, segura y mejor para mi salud, pues la contaminada Ciudad de México me provocaba demasiadas alergias y presentaba algunos problemas para respirar; las alergias aún las tengo.

Mi mamá conoció Querétaro cuando venían a visitar a la hermana de mi papá, que trabajaba en la Procuraduría General de la República cuando todavía tenía sus oficinas en el Jardín Guerrero, donde hoy está el Tercer Tribunal Colegiado de Vigésimo Segundo

Circuito, o lo que yo conocía solo “Tribunal”, ya que constantemente se veían algunos presos asistiendo al sitio a sus audiencias, hasta que hace unos años, quizá siete, cambiaron las normas.

Hoy, mientras busco inspiración para escribir, sentada en la cocina con mi mamá y una caja en la que guarda los álbumes fotográficos, me dice que recuerda que, como se vino sola conmigo y mi hermana mientras mi papá buscaba dónde colocarse después de dejar la ya desaparecida Policía Federal, ella solía subirnos al carro y manejar hasta el DF sola a casa de mi abuelita, en la Alcaldía Gustavo A. Madero.

Abrimos la pesada caja de plástico, que afortunadamente tiene rueditas, y ponemos todo sobre la mesa, cuidando de dejar espacio para el café. Mi mamá no tiene las fotos ordenadas, algunas están en álbumes, otras en sobres de Kodak o Fujifilm, unas cuantas más están sueltas y otras tantas en bolsas de plástico, de la primera vez que intentamos ordenarlas.

Después de ver una vez más las fotografías de la boda de mis papás, las de los embarazos y algunas de cuando mis papás eran jóvenes, encontramos el sobre con los primeros días, quizá años, de nosotros en Querétaro.

La primera foto es una de la casa, que aún tenía colgadas las banderillas de venta, y es con la que veo los primeros cambios del Querétaro que yo conocí y con el que crecí.

- Elegí la casa en un fin de semana -me dice mi mamá mientras espera que el microondas termine de calentar agua para su café.

Fue un compañero de mi tía quien la llevó a ver varias casas en La Alhambra, Jardines de la Hacienda, Quintas del Marqués y Colinas del Cimatario, donde eligió. La ventaja que tenía su ubicación era que estaba a la entrada de la ciudad, en el sur; la desventaja, que todo esto estaba todavía desierto, los terrenos alrededor estaban llenos de flores amarillas que por muchos años creí que eran girasoles. Hoy ya no están, desaparecieron con los incendios anuales y las construcciones alrededor de más fraccionamientos, edificios, complejos

comerciales, hoteles e incluso el Centro Cívico, que se llevaron hasta el sonido que hacía el viento.

La casa fue la primera que sufrió la llegada de estos defechos, pues mi mamá -que venía de un estado en el que la inseguridad era y sigue siendo común- inmediatamente mando a poner reja, protecciones en cada ventana y otra más en el patio de servicio, asegurándose de que nadie pudiera entrar... o salir. En 29 años la casa, que comenzó en un color beige y ahora es verde, nos vio crecer, establecernos y entrar y salir a uno o cinco perros.

Entre las fotos encuentro una en la que estamos mi hermana, mi mamá, mi abuelita y yo frente a la puerta de la casa. Dani y yo tenemos puesto el uniforme del kínder, “Jardín de Niños Margarita”. Estaba a dos calles y mi mamá nos llevaba caminando. Era una casa a la que le adaptaron la planta baja para albergar dos salones; creo que solo había dos grupos y por la foto sé que éramos cinco alumnos en total y dos maestras. No sé si estábamos todos juntos en clase, considerando que mi hermana y yo nos llevamos año y medio en edad, pero al menos en las fotos de una clase abierta para padres, salimos juntas.

Solo estuve un año en ese jardín, después me movieron al Colegio Hispano Mexicano. Hoy ya no existe, lo derrumbaron hace unos años, pero estaba en la colonia Bosques, en la calle de Manufactura, justo frente a la pista de patinaje que recién remodeló el Ayuntamiento de Querétaro, aunque es más conocida por los helados artesanales que venden ahí. De este colegio me quedan las fotos del festejo de un cumpleaños, cuando participé en una especie de olimpiadas infantiles y el haber ido a la escuela a más de dos calles de mi casa.

En una de las bolsas de Fujifilm encontramos fotos de cuando estaba en el Instituto Plancarte, probablemente la escuela en la que más años estuve. Llegué en tercero de kínder y salí al terminar la primaria. La escuela todavía sigue, aunque recientemente aprendí que, a diferencia de cuando yo estudié ahí, hoy la escuela es mixta. En mi época solo daban clases a niñas por la mañana, y con niños conviví hasta llegar a secundaria.

El Plancarte está en la Colonia Estrella, en la Calle Florencio Rosas. Los grupos eran muy grandes, éramos 40 niñas por salón, y probablemente fue aquí donde conocí primero más de

Querétaro y sus diferencias con el DF, ciudad que visitaba constantemente con mis papás, porque era lo que para ellos era familiar.

En la primaria tuve uno de los primeros choques culturales a temprana edad, y fue referente a la comida. Las monjas de la escuela constantemente hacían tardeadas y organizaban a las mamás para que pusieran puestos de comida y juegos, además de la famosa y popular disco en el auditorio. En aquél entonces la comida obligada en las tardeadas eran los antojitos mexicanos, pero en este caso eran queretanos.

Ahí conocí las enchiladas queretanas, rellenas de verdura y un queso que entonces para mí paladar era amargo. Lo más importante de esta experiencia es mi primer contacto con los “guajolotes”. Para alguien de 8 años leer que hay un guajolote en el puesto de una de las tardeadas es interesante, y esta chilanga pensó de inmediato en un ave encerrada en una jaula. Sorpresa me llevé cuando alguien ordenó uno y le dieron un pambazo. Esos sí los conocía, aunque en casa de mi abuelita los rellenaban de chorizo con papa, y aquí los hacen de papas, zanahoria y jamón.

Siguiendo con las fotos, encontramos una de cuando me gradué de la primaria. Es una foto en la que aparezco posando con mis amigas: Mayela, Rocío, Azucena, Marisol y yo. Con ellas también conocí algo peculiar de la comida queretana: les gustan los garbanzos. Recuerdo que todos los días, a la salida, había un señor que vendía garbanzos afuera de la escuela. Muchas de mis amigas los compraban, pero a mí nunca se me antojaron esas cosas verdes bañadas en salsa y limón; prefería los vasos de fruta del carrito de enfrente.

Recuerdo que en esos años se descompuso el carro de mis papás, un Gran Marqués gris al que mis vecinos afectuosamente llamaban “lancha” o “Batimóvil”. Ellos tampoco eran queretanos, y me resulta interesante ver cómo el sur de la ciudad se pobló de todos los provenientes de la Ciudad de México, del Estado de México o Puebla que llegaron a Querétaro. La razón que me resulta más obvia es que eligieron el lugar por estar a la entrada y que todo lo nuevo se estaba instalando en esta zona, como las tiendas y nuevos fraccionamientos. Concluyo que los nuevos se instalaron en el sur de la ciudad, mientras que los queretanos de más generaciones ocupaban el Centro Histórico, protegiendo sus costumbres; y el norte se lo quedaron las empresas y grandes parques industriales.

Volviendo al carro descompuesto y al café que mi mamá toma conmigo en la cocina, cuya mesa ahora está llena de fotos sueltas, ella recuerda que ir por nosotras a la escuela podía o no ser un tormento, en especial tomar el camión con las mochilas de rueditas que se pusieron entonces de moda.

Saliendo del Plancarte caminábamos por las empedradas calles hasta llegar a Constituyentes esquina con Corregidora, donde está La Fragua, uno de los negocios más viejos de Querétaro. Ahí nos subíamos al camión, que viajaba por Constituyentes hasta la Colonia Palmas y subía hasta llegar a Centro Sur: cruzaba la carretera 57, donde construyeron una Comercial Mexicana (hoy La Mega después de varias remodelaciones y un rebranding), pasaba enfrente de la USEBEQ, después la desviación a la Central de Abastos y antes de llegar a lo que hoy es Televisa nos bajábamos.

A veces llegábamos a la esquina de Constituyentes y Palmas, y bajábamos del camión para cruzar a Plaza de las Américas, una de las más viejas de la entidad. Hoy está casi en abandono, pero en esos años encontrabas de todo. Ahí íbamos a hacer el súper a Gigante, era donde comprábamos libros en la librería Cristal, cuadernos en la papelería Vera, o las tortas del pasillo; en contadas ocasiones también íbamos al cine. Y digo contadas, porque era mejor ir a Plaza Boulevares, o al menos a su cine, que llegó a revolucionar Querétaro en 1996.

Encuentro otro álbum y en este las fotos están mejor acomodadas. Son de la secundaria y se nota que tengo más; es porque mis papás solían comprarme cámaras desechables. Yo estudié también en Centro Sur, en una escuela que conocí porque mi tía seguía trabajando en la PGR, que movieron del Jardín Guerrero a enfrente del Estadio Corregidora, y pasábamos muy seguido.

Un día le pregunté qué eran esos edificios de colores quemados, rodeados de hierba. Ella me dijo que era una escuela de arte y desde ese día me empeñé en estudiar ahí. A mis papás les convino porque quedaba muy cerca de la casa.

Estudiar en el Cedart también me llevó a conocer más de Querétaro. Conocí a dos personajes locales: Ignacio Mariano de las Casas y Josefa Vergara y Hernández. Al primero

fue porque la escuela lleva su nombre y a la segunda por ser la delegación en la que vivía, cosa que hasta ese momento me tenía sin cuidado y que descubrí al llenar papeleo para solicitar becas.

Ambos personajes no solo estaban presentes de manera geográfica, también en los lugares que visitaba en el Centro. Ya en secundaria era común ir con mis amigos a pasear o sentirnos más grandes e ir por un café, de esos altos en azúcar y bajos en cafeína. Solíamos ir al Rincón de los Sentidos, al que llegaba bajando del camión en Zaragoza, frente a la Alameda, y caminaba por la calle de Vergara hasta llegar a Reforma. A un lado del Conservatorio, donde por una temporada mi abuelo dio clases de música los viernes, había un orfanato y en la esquina hoy está la estatua de una de las benefactoras más grandes de la ciudad. Tanto hizo por los queretanos que alguien debería darle ya mantenimiento a su estatua.

Tengo fotos también con mis amigas en una de las bancas de Plaza de Armas, que era nuestro punto de reunión. Recuerdo odiar ser la primera en llegar, porque no se me daba el esperar, y entre no tener qué hacer o con quien hablar, solía sacar mi celular. En ese tiempo eran pequeños y en forma de cacahuete, no tenían internet y menos redes sociales o cámara fotográfica y los juegos quizá llegaban al de “Víborita”, no más; la única opción que tenía para entretenerme, y que sé que muchos otros hacían, era leer mensajes viejos y fingir interés.

Hay otra fotografía de mi en la secundaria, es de la graduación, cuando me despedí de muchos compañeros, como Juan Luis o Majo. Con ellos tuve mi primer aventura lejos de la escuela de monjas. Un viernes, saliendo de clases, se fueron a perforar con el “Grillo”, en Plaza de las Américas. Seguramente alguien más se hizo un piercing, pero fuimos más los que los acompañamos por curiosos.

Saliendo de la escuela nos fuimos caminando hasta Constituyentes, bajamos caminando hasta la Cruz Roja y nos cruzamos corriendo hacia Quintas del Marqués, pasamos por el arco de metal que parecía que cobraba un chicle por cruzar y entre risas y juegos llegamos a Plaza de las Américas.

Con las fotos veo que en la preparatoria salía más. Tengo unas en fiestas en casa de amigas, en excursiones y unas cuantas en Plaza Boulevares. Este sitio se convirtió en el centro de reunión de los adolescentes de muchas escuelas de Querétaro, tanto privadas como públicas.

Religiosamente acudíamos cada viernes a pasear a la plaza, algunos entraban al cine, otros a tiendas de ropa sin comprar algo, y otros más gastaban el poco o mucho dinero que sus papás les daban en los juego de maquinitas de Cosmos.

Algunas de las fotos son nuestra versión de “selfie”, cuando confiabas en centrar la cámara y esperar que todas salieran en la foto, con tal de no molestar a alguien más y pedir que la tomara, porque “qué oso”. Hoy ya no importa si estás hablando sola con tu teléfono, las tranmisiones en vivo o los videos para historias de redes sociales son lo de hoy, lo que te hacen cool. En mis años tomarte fotos sola era egocéntrico, pero si era en grupo era más aceptable.

Algunas selfies son de nosotras sentadas sobre las escaleras de la explanada de la plaza que dan a Boulevard Bernardo Quintana. Recuerdo la interminable fila de carros que se hacía en el lugar, muchos padres enojados y desesperados porque sus desconsiderados hijos, en la edad del amor fugaz, no podían irse sin despedirse de cada persona que estaba en la plaza. Otras fotos son de algunas amigas paradas en las escaleras eléctricas, en donde ves que todo el aglomerado de los jóvenes se concentraba en la entrada del cine.

Sigo recorriendo el álbum de fotografías y encuentro unas de la presentación de la obra “eVa’s”. Fue una obra tipo clown que montamos en el específico de Teatro del Cedart. Para ella solíamos ensayar entre semana y los sábados en el Museo de la Ciudad. En esa época mi mamá me inscribió en clases de francés en la UAQ, en la Facultad de Lenguas y Letras. Iba de lunes a viernes de 5:00 a 7:00 de la tarde, y cuando salía caminaba hasta el Museo de la Ciudad para mi ensayo; después mi mamá pasaba por mí.

En ese tiempo lo único que conocía del Centro eran las zonas más turísticas, que era a las que íbamos si teníamos visitas de otro estado y mi mamá quería que conocieran la ciudad, pero el recorrido que ella hacía solo incluía Plaza de Armas, el Jardín Zenea, la Plaza

Constitución, el Monumento a la Corregidora y en ocasiones el Jardín Guerrero. Yo sabía caminar en ese cuadrado, pero sentía que me perdía en el resto del centro, a pesar de que su estructura es un tablero de ajedrez. Por eso le pedí a una amiga que vivía en la calle Hidalgo que me hiciera un mapa para saber por dónde tenía que caminar.

Hoy veo la distancia y la zona por la que tenía que cruzar y me pregunto por qué lo hacía sola. Yo tenía entre 15 y 16 años, y caminaba por las calles ya oscuras del Centro. Hacía una parte del trayecto dentro del campus UAQ, salía en Hidalgo y caminaba derecho hasta Guerrero para llegar a mi ensayo de las 7:00 con 15 minutos de retraso. No creo atreverme a hacer ese recorrido hoy en las mismas condiciones, y aunque nunca me pasó nada, sí llegué a tener encuentros incómodos. Uno de ellos fue un sábado.

Salía de mi casa, caminaba hasta la avenida y esperaba la llegada del camión, podía ser la ruta 12 o la “A”. Mi mamá me daba 10 pesos, 5 eran para el camión de ida y 5 para el de regreso. El camión bajaba toda Avenida Colinas del Cimatario, que cruzando la carretera 57 se convierte solo en “Cimatario”; pasábamos por Palmas y llegábamos a Constituyentes; daba vuelta a la derecha en donde está el banco BBVA y se retornaba después de cruzar Telmex y el IMSS; eso podías hacerlo hasta antes de la inauguración del Eje Constitución de 1917, método implementado en 2018 por el Gobierno del Estado y el Instituto Queretano del Transporte, en el que los carriles centrales se convirtieron en exclusivos para los camiones.

Ahora del otro lado de Constituyentes llegábamos a Plaza de las Américas y nos íbamos derecho hasta una de las que, para mí, es de las avenidas más pequeñas que hay, tanto que mucho tiempo creí que era calle, pero es la que conecta Constituyentes con Zaragoza: Insurgentes Queretanos. Esto forma parte del barrio San Francisquito, que me marcaba el contraste entre las partes más nuevas de Querétaro con las más tradicionales. Ya en Zaragoza el camión avanzaba a la izquierda, todo derecho, y yo me bajaba en Guerrero para caminar al Museo. Fue ahí, cuando me baje, que un señor empezó a seguirme y gritarme cosas; lo perdí cuando me metí a una tienda y la señora que atendía se dio cuenta de lo que me pasaba. Me dejó quedarme un rato, hasta que el señor dejó de verse en la calle. Después me fui a mi ensayo.

En mi álbum y entre las fotos de las bolsas se ve un salto muy grande, parece que hay fotos perdidas, pero la realidad es que como ya eran más comunes las cámaras digitales, dejamos de imprimir fotografías y ahora me cuesta pensar dónde tengo los archivos para rescatar y conservar en físico.

Yo estudié la universidad cerca del campo militar, atrás de la fábrica de Kellogg's. En las mañanas era común oler el azúcar en el aire. Esta fábrica ahora está en centro de la ciudad, pero cuando la construyeron estaba en los límites, donde no afectaba a nadie.

Después el campus lo reubicaron en la Colonia Ensueño. Todos mis recorridos ahora eran alrededor del Centro Histórico, como si lo rodeara, aunque siempre volvía al sur. No hay mucho que destacar de esa época, incluso los recorridos y cruzar la ciudad eran aburridos o se sentían breves, ya que al ser trayectos largos y llenos de gente, perfeccioné el arte de dormir cabeceando y despertar justo en mi bajada.

Con las fotos de graduación se terminan los recuerdos impresos, y mientras guardamos todo nuevamente en la caja, obviamente sin poner el orden deseado y estético, mi mamá espera que ya cuente con la inspiración necesaria para escribir, pero yo creo que aún me falta algo más.

Ahora en mi cuarto y con el teléfono a la mano, se me ocurre revisar los álbumes digitales: Facebook e Instagram. En el primero tengo una variedad rara de fotos de la universidad en algunos bares y antros de Querétaro, la mayoría ubicados en avenida Constituyentes, que con los años se convirtió en centro nocturno; algunos también incluyen una parte de Boulevard Bernardo Quintana. Hoy muchos de esos negocios ya no existen, pues el promedio de vida que han demostrado tener varía entre nueve meses y dos años, y con la particularidad de que a varios le ponen nombres que hacen referencia a mujeres, como “La Ingrata” o “La Mulata”, este ubicado en el Andador Libertad, en el centro, y que se diferenciaba de los otros barecillos por ser más exigente al permitir la entrada, aunque ya adentro no importaba cómo te vistieras.

En Instagram la primer foto que subí fue en 2013, y veo que muchas de ellas son cosas que hoy no le encuentro sentido y que probablemente estarían mejor en las historias, porque

podieron ser publicaciones breves. Pero también encuentro muchas fotos con compañeros de trabajo y en actividades de la oficina. Yo trabajaba en un periódico, en prolongación Tecnológico. Nuevamente me acercaba al centro. Ahí empecé a ver otra cara de Querétaro, en la que me era más obvio y significativo el desarrollo de ciudad.

Fui testigo de la construcción e inauguración de la plaza Antea, en 2013. Vi cómo Querétaro dejó de ser el lugar en el que “nunca hay nada”, pues con esta plaza empezaron a surgir muchas más, pequeñas, pero muchas. Si antes Querétaro era conocido por tener una iglesia en cada esquina, ahora podemos encontrar una mini plaza en su lugar.

Obviamente este crecimiento fue provocado. Cada día llega más y más gente a vivir aquí, tan solo al día se instalan 34 personas, por lo que la mancha urbana se extendió y se olvidó que los nuevos estaban en el sur, los de nacimiento en el centro y el norte era para la industria. Hoy se deben acomodar en donde encuentren.

El sismo de 1985 fue el primer fenómeno natural que provocó un movimiento migratorio con el que muchas familias de la Ciudad de México se refugiaron en Querétaro, que por su cercanía se convirtió en su nuevo hogar. Este hecho se repitió en 2017, con el sismo de septiembre.

En 2010, hace 12 años, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) indicó que 23.8 por ciento de las personas que viven aquí no nacieron en Querétaro; son foráneos. Y el año pasado, en 2021, el Consejo Estatal de Población (Coespo) informó que para finales del año habían 12 mil foráneos.

El desarrollo industrial también trae a muchas personas a vivir a Querétaro por cuestiones de trabajo. En el último censo de Población del Instituto Nacional de Estadística y Geografía se estima que en Querétaro hay 2 millones 368 mil 467 personas.

Muchos vienen a trabajar de planta, otros vienen a capacitar o capacitarse; hay quienes vienen a estudiar, y encuentran en Querétaro un nuevo hogar. Ellos ahora, ¿de dónde son? Ya no son de su estado de origen, allá los conocen como “los queretanos”, como a mi hermana y a mí, pero tampoco son de aquí, donde los queretanos-queretanos -esos de más

de tres generaciones nacidas y radicadas aquí- los consideran “foráneos”, esos que trajeron el tráfico a su ciudad, con los que llegó la inseguridad, con los que las calles del Centro Histórico ya no se pueden transitar, los que no entienden qué significan las diferentes campanadas de las iglesias, los que no fueron a nadar a los balnearios o bebieron la leche de Carretas.

“Yo soy queretano-queretano” es una frase que he escuchado a muchos decir, como si esa identificación les diera inmediato acceso a la magia de la ciudad. ¿Para quién es importante? Hoy me doy cuenta de que no importa si tengo o no el gentilicio, porque he tenido el privilegio de ver evolucionar la ciudad en 20 años.